



CAPITULO XII

Maceo en Guantánamo.—Encuentro en Monteverde.—Biografía.—Españoles y cubanos en Costa Rica.—Colisión en San José.—Isidro Incera.—Honroso tributo á España.—Protesta y exposición.—Conducta del Gobierno español.—Muerte de Guiller món.—Noticias alarmantes.—Comentarios y pesimismos.—Saludable reacción.—Maceo derrotado cuatro veces.—Acción de Palmarito.—Muerte del *general* Flor Cromwert.



PESAR de la vigilancia ejercida en las costas de Cuba por nuestra marina de guerra y de hallarse prevenidas las autoridades de la isla de la salida de Puerto Limón, (Costa Rica), de la expedición filibustera organizada por Maceo y sus secuaces, ya hemos visto que los expedicionarios lograron desembarcar sin contratiempo alguno para ellos, en las playas de Duavas ó Baracoa.

Pocos días dejó pasar el famoso mulato y prestigioso separatista en dar señales de su presencia en la isla, y muy pronto dió ocasión á nuestras columnas de disipar toda duda respecto á su desembarco y adquirir la certeza de que se hallaba entre los suyos y había tomado el mando de una numerosa partida que recorría la jurisdicción de Guantánamo reclutando gente.

En efecto; el día 9 recibía el Gobierno un telegrama del general Calleja dando parte de haberle comunicado el general Lachambre, que la columna Simancas con fuerzas de voluntarios había tenido un encuentro en Monteverde (Guantánamo) con la partida que mandaba Maceo, á la que batió dos veces, haciéndole tres prisioneros y varias bajas, de estas un espedicionario.

* * *

Esperábamos llegar en nuestra narración á tener al famoso cabecilla mulato operando con sus huestes en la manigua, para dar á conocer á nuestros lectores algunos datos biográficos del renombrado jefe del separatismo cubano.

Antonio Maceo es un mulato nacido en Santiago de Cuba, de unos cuarenta y ocho años de edad, alto y fornido, de buena figura y aspecto simpático.

Su caracter es serio, pero amable, y astuto; es hombre bastante instruído, de finos modales y probado y reconocido valor; cualidades que le han creado gran prestigio entre los de su raza, sobre los que ejerce grande influencia.

Al terminar la pasada guerra separatista en Cuba, en la que conquistó gran reputación militar por su valor, sus proezas y su entereza de carácter indomable é indómito, que le valieron el ser elegido general de los insurrectos, retiróse á Costa Rica, cuyo Gobierno le nombró á su vez general de su ejército.

Maceo está casado con una cubana, de la cual tiene varios hijos, y gozaba de una regular posición, siendo poseedor de una colonia en Punta Arenas (Costa Rica).

Aunque alejado de su país, no ha dejado nunca de estar en inteli-

gencia con los demás jefes separatistas que quedaron en la isla, después de la capitulación del Zanjón, y allá en su voluntario destierro no abandonó ni un momento la acariciada idea de librar á Cuba de la soberanía de España y proporcionarle la independendencia, sin que ni por un instante desterrara de su corazón el ódio mortal que profesara y tuvo siempre á los españoles.

Un hecho ocurrido en la capital de la República Costaricense, en Noviembre de 1894, vino á demostrar nuestro aserto de que el odio y la animadversión contra los españoles existía latente y *vivido*, no solo en el pecho del ex-general separatista, sino en el de todos los cubanos que formaban la colonia por él presidida.



ROSARIO IBAÑEZ DE MARTINEZ

Con motivo de celebrar la compañía cómico-dramática del señor Delgado, que actuaba en el teatro de San José, el beneficio del primer actor español don Ricardo Valero, habíanse congregado en el coliseo costaricense todos los españoles residentes en la capital.

A la función asistió también Maceo acompañado de varios cubanos, entre los que figuraba el autor de un suelto publicado el día anterior en uno de los periódicos locales, ofensivo para España y los españoles.

Entre éstos, ya la noche anterior en el casino se creó atmósfera con-

tra el periódico y el autor del suelto, y durante la función se comentaron de nuevo en los corrillós que se formaron en el *foyer* y en los pasillos del teatro, las frases y conceptos del escrito que se consideraban ofensivos á su dignidad, dando lugar la discusión á que los ánimos se exaltasen algún tanto y se caldease la atmósfera que desde la noche anterior venía formándose y presagiaba una próxima tempestad.

Al terminar la función salieron del teatro, cubanos y españoles, en dos grupos separados, yendo al frente de los primeros el mulato Maceo; y al llegar á la manzana inmediata al teatro, uno de los españoles se separó del grupo y adelantóse á pedir explicaciones al autor del suelto ofensivo, que iba al lado de Maceo.

Pronto la discusión se hizo general y tomó caracter de acalorada disputa, pasando muy luego unos y otros á echar mano á las armas y dispararse diez y seis ó diez y ocho tiros de revolver.

De la colisión ó refriega resultaron heridos Maceo y otro cubano, y muerto el español don Isidro Incera, honrado y dignísimo, bajo todos conceptos, compatriota, que llevaba ya muchos años establecido en Costa Rica y era muy estimado de sus compatriotas por su buen corazón, su magnanimidad y su acendrado amor á la madre patria, á la que, no obstante su larga ausencia, no había olvidado y rendía fervoroso culto.

Recogido el cadaver del desventurado Incera por la policía, fué trasladado al hospital y depositado en una de las camillas de la sala ó depósito de cadáveres; pero no estuvo allí mucho tiempo. Sus reconocidos compatriotas y obligados amigos no podían consentir que el cuerpo del hombre que había perdido la vida por defender la honra de todos y la dignidad de la patria, quedase solo y abandonado en la lúgubre estancia de un hospital.

Impulsados por ese deber, hijo de la nobleza de alma de todo español y dictado por el sentimiento de la amistad que les uniera al que

había sido víctima de su pundonor é hidalgía españolas, se presentaron á exponer sus deseos y pedir su apoyo para realizarlo, á nuestro representante, el cónsul de España, con cuyo concurso y mediación les fué entregado el cadaver del desgraciado Incera, al cual trasladaron en hombros á casa de uno de sus parientes.

Convertida la habitación en cámara mortuoria y capilla ardiente, deudos y amigos velaron el cadaver y no le abandonaron ni un solo instante, hasta que llegó el momento de la forzosa y eterna separación.



La prensa costaricense al referir y dar cuenta en sus columnas del triste suceso, lamentó la muerte del honrado y dignísimo Incera, á cuya memoria tributó sentidas frases, elogiando su magnanimidad de corazón, su hidalguía y caballerosidad.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, verificóse el entierro del pundonoroso español, que fué una grandiosa manifestación de duelo, pues á pesar de estar lloviendo á mares, como si el cielo hubiese querido tomar parte en el llanto y duelo general que la muerte del [malogrado Incera produjo entre sus compatriotas y conciudadanos, acudieron á formar parte de la fúnebre comitiva, deseosos de rendir el último tributo á la amistad y á la honradez del finado, todas las clases sociales de Costa Rica.

En el cementerio, y antes de dar cristiana sepultura al cadaver, el cónsul español don Juan Velez, pronunció un sentido discurso ú oración fúnebre elogiando las virtudes cívicas y las bellas cualidades personales que adornaban y enaltecían al que había muerto víctima del odio de los eternos enemigos de España.

Otros españoles pronunciaron también breves y sentidas frases

dando el último adiós al inolvidable compañero y querido amigo, cuyo recuerdo había de perdurar eternamente en la memoria de todos por su bondad de corazón y magnanimidad de sentimientos de su generosa alma, lo cual hacía que fuese muy difícil de llenar el vacío que en la colonia española dejaba el finado.

El siguiente día formulóse por la colonia española una protesta que fué presentada al cónsul, en cuya morada se redactó y firmó por todos los españoles residentes en Costa Rica un documento ó exposición para el Gobierno de España, dirigido al Ministro de Estado, por conducto de aquel consulado.

¿Qué contestación dió el Gobierno español á dicho documento-exposición ó *memorandum*?

¿Qué hizo España para que se castigase, como tenía indiscutible derecho á pedir, el ultraje inferido á sus hijos por sus eternos enemigos en un país amigo y en territorio neutro, y la muerte del malgrado y pundonoroso Incera?

Dar oídos de mercader, como siempre, á los justos y dignísimos deseos expuestos y solicitados por los fieles guardadores de su honra y del decoro nacional en extranjero suelo.

¡Así pagan nuestros gobernantes el celo de sus compatriotas por defender la honra y la dignidad de la madre patria, cuando en lejano sitio y extranjero país es ultrajada y vilipendiada por sus enemigos!

* * *

El día 10 comunicó al gobierno el general Calleja por telegrama oficial, que según noticias fidedignas que había recibido, había muerto el cabecilla Guillermon, y que en el resto de la isla no ocurría novedad.

Y un telegrama particular aseguraba estar confirmada la noticia

de que en el pueblo de Mucaval había fallecido á consecuencia de una diabetes, el negro Guillermo Moncada, cabecilla separatista conocido por el nombre de Guillermón, el cual estaba ya enfermo cuando salió al campo, en los últimos días de Febrero, al frente de una banda de negros rebeldes.

Guillermo Moncada (a) Guillermón, fué uno de los ex-jefes separatistas de la pasada guerra que primero se lanzaron al campo de la actual insurrección, al frente de una de las partidas levantadas en la provincia de Santiago de Cuba.

Era todo un gigante, y á pesar de su ya avanzada edad, (contaba más de cincuenta años), estaba dotado de una fuerza hercúlea y de un valor extraordinario; cualidades que le hacían el hombre más popular



EL NIÑO JOSÉ MARTINEZ IBAÑEZ

entre los suyos, los cuales citaban con orgullo el nombre de Guillermón como muestra de lo que es capaz su raza.

Grande era la influencia y el prestigio que gozaba entre la gente de color, y por esto causó cierta alarma en la Península la noticia de hallarse este cabecilla en campaña en el departamento Oriental, donde los negros abundan mucho.

En la pasada guerra se titulaba brigadier, y según nuestros informes, era de los separatistas que con más fé y entusiasmo peleaban por la independendencia de Cuba, porque en el logro de su sueño veía el

triunfo de su raza, que el mismo ódio senté hácia los españoles peninsulares como contra los criollos, á quienes además desprecia.

Era muy vivo y simpático, aunque se advertía en él la confianza en su fuerza, de la que estaba muy poseído.

Fué de los últimos cabecillas que se acogieron á la paz del Zanjón, pues su carácter inquieto y batallador hacía que se encontrase muy á gusto en campaña.

A consecuencia de su monomanía separatista y de su carácter turbulento é indómito, fué desterrado de la isla en 1880, pero tornó luego y aún aceptó un destino público, si bien sin claudicar de sus ideas, ni dejar de alentar entre los negros el espíritu de rebelión contra los blancos.

Cuando el general Calleja estuvo en Santiago de Cuba, estaba preso nuestro hombre por conspirador.

El general, sin duda, para obligarle por la gratitud á permanecer fiel á la madre patria, ordenó que se le pusiera en libertad; y en efecto, á los pocos días se hallaba en el campo insurrecto al frente de una partida de negros, llevado por su inextinguible odio de raza.

Guillermón, como Maceo y otros jefes separatistas de color, hubiera sido el azote de los criollos de raza europea, el día que la insurrección lograra, que no lo logrará, la independencia de Cuba.

* * *

Una alarmante noticia que impresionó tristemente la opinión, recibióse el propio día 10 en la Península.

Según un despacho telegráfico particular de la Habana, se había descubierto una conspiración separatista en Puerto Príncipe.

Y añadía el telegrama, que los conjurados se proponían levantar

una partida tan pronto desembarcara en la isla el general Martínez Campos, y que habían sido reducidas á prisión varias personas muy conocidas y de alguna significación de Puerto Príncipe, entre las que se hallaba el marqués de Santa Lucía.

Esta grave noticia, unida á las que comunicó á la prensa de la Metrópoli la *Agencia Havas*, desde Nueva York, diciendo que, según un telegrama de Washington al *Herald*, comunicado por su corresponsal en Cuba, los insurrectos de Guantánamo habían celebrado el día 11 una Asamblea, en la que proclamaron la independencia de la isla y votaron una Constitución, y que en Fernandina y la Florida, varios filibusteros cargados de armas y municiones, trataron de desembarcar en Cuba, vino á aumentar la alarma y hacer más penosa la impresión de los españoles, por ver en ellas una evidente señal que el movimiento insurreccional había repercutido en otras provincias é iba extendiéndose por toda la isla, con el apoyo y concurso de personas de alguna significación política y de valía é influencia en el país.

Otra noticia nos comunicó también la *Agencia Havas*, el propio día 11, que dió lugar á numerosos comentarios y tristes augurios entre los pesimistas.

Decía así el despacho fechado en Nueva York;

«El *Herald* ha celebrado una *interview* con el cabecilla Maceo, jefe de los insurrectos cubanos.

»Según afirma Maceo, los rebeldes tienen armas para *cuarenta y cinco mil* hombres, con los cuales, y con ayuda de las enfermedades del país, cuenta vencer á las tropas del Gobierno español.—*Havas.*»

Era tan sospechosa la procedencia del telegrama, que nadie dió crédito á la noticia comunicada por la agencia telegráfica, pues bien se conoció por él, que las simpatías por los insurrectos, de periódicos norteamericanos tan caracterizados como el *New York Herald*, eran muy notorias.

Por lo mismo, todo el mundo convino en que debía ponerse en cuarentena; más todavía, en negar en redondo todas las noticias favorables á la insurrección que se recibiesen por dicho conducto.

En otro despacho fechado en Londres el día 12, comunicó á la prensa española la *Agencia Fabra* que, el periódico *The Thimes* había publicado un telegrama de Filadelfia, dando cuenta de que el Senado del Estado de la Florida había emitido un voto de simpatía y aliento á los insurrectos cubanos.

Advertía, sin embargo, como comentario á la noticia, el periódico londonense, que convenía tener en cuenta que dicha votación solo representaba á lo sumo los deseos de una corporación local, y no seguramente los que animaban á la República norte-americana.

«La Florida, por otra parte—añadía el ilustrado diario—es el estado que más se ha señalado siempre en sus sentimientos de hostilidad al dominio de España en las Antillas.»

En el Ministerio de Ultramar se recibió, el propio día 12, el siguiente telegrama del capitán general de Cuba:

«Según me telegrafía nuestro ministro en Washington, se está preparando una expedición, mandada por Martí y Máximo Gomez, que saldrá de Haiti para Cuba.

»Se lo he avisado á las autoridades de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe.—*Calleja.*»

Este telegrama oficial vino á aumentar la alarma que causaron las graves noticias, que le habían precedido, en el ánimo de todos los españoles, haciendo subir de color los negros augurios de los pesimistas que veían en la persona del famoso jefe separatista y renombrado general de los insurrectos en la pasada guerra, un factor importantísimo para el acrecentamiento de la actual insurrección, y un agente principalísimo para que el movimiento tomara gran desarrollo y se extendiera por toda la isla, dado el prestigio y la notoria influencia de que

gozaba entre los separatistas, el conocido propagandista filibustero y ex-ministro de la Guerra y ex-general en jefe de las fuerzas insurrectas en la pasada guerra de los diez años.

* * *

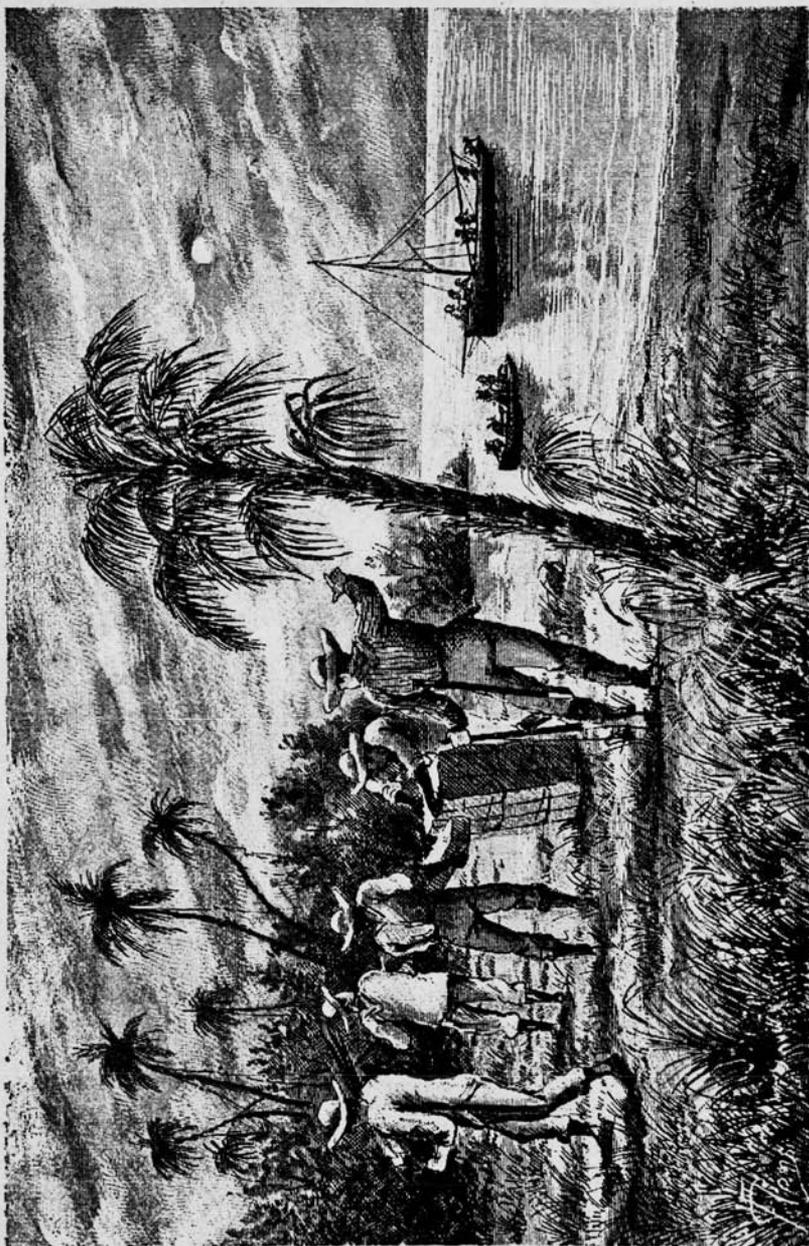
Nuevos despachos de la Habana recibidos en Madrid el 14, conteniendo satisfactorias noticias del curso de la campaña, neutralizaron algún tanto los pesimismo á que la opinión se había entregado bajo el peso de los que anteriormente se le comunicaron, dando lugar á una saludable reacción fundamentada en la nunca perdida esperanza de



ATAQUE AL POBLADO DE SAN MIGUEL DE NUEVITAS

que el probado valor y jamás desmentido arrojo de nuestros bravos soldados, y la reconocida pericia de los oficiales de nuestro valiente y sin igual ejército, sabría castigar y escarmentar á los rebeldes.

Decían los telegramas comunicados á la prensa madrileña por sus corresponsales en Cuba, que durante todo el día 13 habían circulado y se habían recibido en la Habana noticias interesantes de la insurrección, que á última hora se habían confirmado plenamente.



DESEMBARCO DE ANTONIO MACEO EN DUAVAS

Desde que el cabecilla Maceo pusiera los pies en la isla, los separatistas estaban sufriendo continuos y repetidos descabros.

Creían los rebeldes que la presencia del jefe mulato sería de buen augurio para ellos, y á pesar de mandar éste una de las partidas más numerosas, había sido batido ya cuatro veces.

En el último encuentro, sostenido en las cercanías de Palmarito, la partida de Maceo quedó destrozada, á pesar de que los insurrectos se habían parapetado convenientemente, y los soldados de la columna perseguidora habían efectuado una marcha fatigosa.

Todos los jefes de la banda hicieron cuanto en su mano estuvo para evitar la fuga de sus subordinados. Todos se batieron en primera línea, pero ante el empuje y temerario arrojo de nuestros bravos soldados, no consiguieron impedir que abandonasen el campo de la lucha.

El titulado general Flor Cromwert, uno de los cabecillas blancos más jóvenes y de los que mayor prestigio gozaba en el campo separatista, murió peleando.

También sucumbió en el combate un supuesto coronel que mandaba numeroso grupo de insurrectos.

Cayeron además prisioneros varios jefes rebeldes, entre ellos, el llamado comandante Fostier, un tal Noriega, bastante conocido entre los filibusteros, y Sainz el secretario de Maceo.

Este logró escapar y continuar al frente de la partida, que era activamente perseguida por las tropas.

El desaliento de los vencidos según el comunicante, era tal, que se había presentado el cabecilla Estrada.

Y nos participaba el activo corresponsal, en otro telegrama, que la acción de San Miguel de Bagá había sido más importante aún de lo que se supuso en un principio, puesto que los separatistas tuvieron en ella, según posteriores y comprobados informes, nueve bajas; un muerto y

ocho heridos, que abandonaron en el campo de batalla y de los cuales, cinco habían muerto ya, y dos estaban muy graves.

* * *

Estas satisfactorias noticias tuvieron muy pronta confirmación en los siguientes telegramas oficiales comunicados á nuestro Gobierno por el Gobernador general de la isla.

Decían así los despachos oficiales facilitados á la prensa y transmitidos por el cable.

«*Habana, 12.*—Capitán general á ministro de Ultramar.

Según noticias que recibo, Maceo ha sido batido de nuevo, haciéndosele un prisionero y habiéndose presentado otro con armas.

Carezco de detalles.

Varias columnas cercan á Maceo.

Supónese que Martí ha pasado á los Estados Unidos.—*Calleja.*

«*Habana, 13.*—Capitán general á ministro de Ultramar.

Acabo de recibir noticias por telégrafo, Maceo ha sido batido por cuarta vez, verificándose la acción cerca de Palmarito.

Ha muerto el llamado general Cromwert y un titulado coronel; han sido hechos prisioneros el comandante Fostier, Noriega y el secretario de Maceo, Sainz, y se ha presentado el cabecilla Jorge Estrada, pertenecientes todos á la expedición Maceo, que sigue muy perseguido.

Espero más detalles de los que recibo, ampliando los que tenía de la acción de San Miguel de Bagá.

Además del muerto, que según dije había tenido el enemigo, han fallecido cinco de los ocho heridos, quedando otros dos graves.

Por primera vez la tropa hizo uso del fusil Maüser.—Calleja.

*
*
*

Flor Cromwert, uno de los principales propagandistas y el más infatigable agitador de la opinión separatista en Cuba, como ya dejamos consignado en el primero de los capítulos de nuestra Reseña, y de cuya muerte nos dieron cuenta los preinsertos telegramas, era de todos los jefes blancos de los separatistas cubanos, el más distinguido por inteligente y bravo.

Criollo perteneciente á una familia de origen francés, habíase mostrado desde muchacho muy antiespañol.

En la otra guerra, no obstante sus pocos años, tendría entonces unos veintiseis ó veintisiete, figuró mucho y llegó á estar al frente de una partida numerosa, cuyo mando se le confió por su pericia en el arte de la guerra, y á la que organizó del modo más militar que le fué posible y dió el nombre de batallón, primeramente, y de regimiento, después.



FLOR CROMWERT

Pasaba por muy afortunado y audaz, por lo que se le encargaba de los golpes de mano más peligrosos.

Los separatistas de raza blanca tenían gran confianza en él y contaban con su espada para contener á los negros y mulatos.

Su muerte fué muy sentida y causó honda impresión en los blancos filibusteros, que consideraron irreparable su pérdida.

* * *

Un despacho de San Juan de Puerto Rico, comunicado á nuestro corresponsal en la Habana el día 12, y trasmitido por éste el 13 á la Península, nos anunció la llegada sin novedad á aquel puerto del vapor correo de la compañía trasatlántica española, *Reina Cristina*, conduciendo al general Martínez Campos y los refuerzos destinados á Cuba.

El Gobernador general electo de Cuba, después de conferenciar con el Capitán general de Puerto Rico, continuó su viaje en dirección á la Gran Antilla.

El *Reina Cristina* no empleó más que siete días y medio en la travesía de Cadiz á Puerto Rico.

El general Calleja telegrafió al Gobierno el día 17, dándole cuenta de haber desembarcado en Santiago de Cuba el general Martínez Campos y haberle hecho entrega del mando.

Los telegramas particulares que de la isla se recibieron, participando la noticia de la llegada y desembarco del nuevo Gobernador general de Cuba, añadían los siguientes detalles:

«La población ha hecho una recepción entusiasta al ilustre caudillo.

Una considerable muchedumbre se agolpó junto á los muelles; en cuanto se supo que había fondéado el vapor.

Muchas lanchas y barquichuelos salieron al encuentro del *Reina Cristina* para saludar y dar la bienvenida al general, á quien presentaron sus respetos todas las autoridades.

Al desembarcar el pacificador de la isla, los vivas y aclamaciones de la muchedumbre fueron estrepitosos y entusiásticos.

La ciudad estaba vistosamente engalanada con colgaduras, banderas y gallardetes.

Tan luego pisó el ilustre caudillo el suelo antillano, dirigió un telegrama al Gobierno saludando á la Regente y participando al ministro que se había enterado minuciosamente del estado de las fuerzas, que era muy bueno, y formado un plan de campaña, distribuyendo el ejército en tres zonas para que operase sin descanso.»

A estos telegramas siguió otro del general encargado del despacho al Ministro de Ultramar, fechado en la Habana el día 18, que decía así:

«Me encarga el capitán general desde Santiago de Cuba diga á V. E. que ha dividido Oriente en tres distritos: Salcedo en Santiago, Lachambre en Bayamo y Valdés en Holguín, aumentando columnas en las grandes poblaciones con los voluntarios, cuyo cuerpo reorganizaré mandando las tropas á los campos.

Aumenta la insurrección, aunque mal armada.

Si se extiende á Puerto Principe pediré más fuerzas, pues la extensión de terreno es grande y están diseminadas las fincas y poblaciones.

—*Arderius.*»

* * *

La grave noticia consignada en el despacho del general Arderius de haber tenido un aumento la insurrección, fué muy en breve confirmada y ampliada en los siguientes telegramas particulares que de la

isla se recibieron, comunicados á la prensa madrileña por sus correspondientes.

«Habana 18 (10'40 noche).—El antiguo periódico autonomista *La Lucha*, dice que asciende á *seis mil* el número de separatistas que forman las partidas levantadas en la provincia de Santiago de Cuba.

La noticia ha producido aquí alguna extrañeza porque hace pocos días se calculaba que los rebeldes eran unos *mil quinientos*, y que la mayoría de ellos carecían de armas.

A pesar de todo, se cree que no es exagerada la cifra dada por *La Lucha*, puesto que si lo fuere, las autoridades no habrían permitido que circulara el número del periódico en que aquella se consignaba.

Personas que han llegado de la provincia de Santiago de Cuba afirman, que han aparecido dos nuevas partidas en las cercanías de Baracoa.

Una de ellas está mandada por el cabecilla Felix Rúen».

El general Martinez Campos al siguiente día de su llegada á Santiago de Cuba se embarcó para trasladarse á Manzanillo.

Antes de abandonar la capital, el general en jefe del ejército de Cuba publicó un bando declarando la provincia en estado de sitio, y comunicó órdenes á los jefes militares disponiendo que no causasen molestias á los ciudadanos pacíficos.

También ofreció el general el indulto á todos los rebeldes que no siendo jefes de partida, se presentaran á las autoridades.

*
* * *

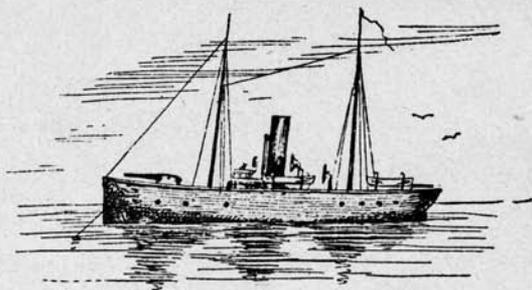
A esperar al general salieron al muelle de Manzanillo, el comandante militar coronel señor Santocildes, el alcalde en comisión señor Otero Pimentel, teniente coronel de Estado mayor de plaza, las demás

autoridades locales y numeroso público que le aclamó con entusiasmo.

El alcalde dirigióle el siguiente cariñoso saludo:

—Excelentísimo señor: Aunque por la precipitación é imprevista llegada de V. E. he venido solo, puedo asegurarle que todo el Ayuntamiento que tengo la honra de presidir, y todo el pueblo de Manzanillo dan á V. E. por mi conducto la más respetuosa y cordial bienvenida.

Hay aquí varias casas grandes y lujosas que desean hospedar á su nuevo é ilustre Gobernador general, pero este humilde alcalde y anti-



UNA DE LAS NUEVAS CANONERAS

guo subordinado de V. E. se complace en ofrecerle la suya, aunque modesta, y recibiría la más alta honra y grata satisfacción en que fuese por V. E. aceptada y honrada con su presencia.

El general limitóse á contestar, sonriendo:

—Iré á la del alcalde.

Y en efecto, en la casa del señor Otero se alejó, convirtiéndola casi en su totalidad en oficina y empezando desde luego sus trabajos con la misma asombrosa actividad que, cuando el año 1869, y contando solo treinta y ocho años de edad, llegó á Manzanillo de coronel de Estado mayor, acompañando á los generales Latorre y Pelaez.

*
* *

Al verle cómo sin tregua ni descanso se enteraba personalmente de todo lo que concernía al ejército, cuyo superior mando le había sido confiado por el Gobierno y por su Reina, así como de los movimientos y correrías de los insurrectos; al ver la rapidez y el acierto con que disponía y ordenaba la movilización de las tropas, haciendo salir inmediatamente á operaciones á las que guarnecían la población, y el afán é interés con que procuraba obviar las grandes dificultades que ofrecía el transporte de convoyes á Bayamo y otros puntos del interior, núcleo á la sazón de las fuerzas rebeldes, por la carencia de acémilas, carretas y demás elementos necesarios, dificultades que acrecían y agravaban las confidencias y noticias seguras de los proyectos del enemigo de destruir los puentes, quemar las haciendas é incendiar los campos, y hacinar toda clase de obstáculos para impedir el paso á nuestras columnas, y á cuyos planes y propósitos buscaba solución con el deseo y noble fin de desbaratarlos é impedirlos, la nobilísima figura del veterano general é invicto caudillo, se crecía y elevaba cada vez más á los ojos de sus subordinados.

Para el ilustre general Martínez Campos, puede afirmarse que las necesidades de la vida casi no existían; todo para él es accesorio, pues todo lo subordina al trabajo y al cuidado del ejército, y es verdaderamente admirable que á su avanzada edad no se resienta su salud.

Al recibir en el acto de la presentación oficial en su alojamiento á los jefes y oficiales que habían acudido á Manzanillo para ofrecerle sus respetos y recibir sus órdenes, les dirigió un sentido discurso, breve como todos los suyos, pero inspirado en los más puros y nobles sentimientos al ejército, y reflejo fiel de su ardiente amor á la patria y á las instituciones.

Cuando al penetrar en casa del alcalde observó que sólo podía disponer de un gabinete para despacho, una sala para oficinas de su Estado mayor y una alcoba, dijo con benévola sonrisa:

—Está bien; con esa alcoba tengo bastante para dormir yo y mis hijos.

Al abandonar á los pocos días Manzanillo, después de haber terminado los primeros trabajos de organización militar de aquella provincia, se despidió del alcalde con las siguientes frases:

—Ya sabe usted Otero, que procuro y procuraré siempre evitar molestias y gastos á los pueblos. Aquí vendré con frecuencia y no deseo otro alojamiento que la casa de usted.

* * *

Son tantos los rasgos de bondad y energía que se refieren del ilustre caudillo, en la presente guerra, que sería prolijo enumerarlos.

Sin embargo, dos de los más salientes é interesantes vamos é permitirnos dar á conocer á nuestros lectores, por demostrar uno de ellos su bondad de corazón y la nobleza de sentimientos de su alma, y el otro la energía y temple de su caracter.

A los pocos días de su llegada á la Habana, contábanle al general detalles del ataque al poblado del Cristo, llevado á cabo por los insurrectos, y de los actos de salvajismo que allí realizaron.

Refirióle, entre otras cosas, que los insurrectos habíanse apoderado del dueño de una de las tiendas incendiadas, honrado peninsular y entusiasta patriota, y lo asesinaron de una manera bárbara y cruel.

No contentos aún con esto, arrancaron de los brazos de su aterrada esposa á un niño de pechos, y lo arrojaron, en presencia de la desventurada madre, á la hoguera que habían formado con los muebles y enseres de su propia casa:

Estos actos de barbarie y salvajismo los estuvo presenciando el mulato Maceo, desde la escalinata de la iglesia del pueblo.

El general, durante el relato, no alzó la vista del suelo escuchando con religiosa atención al narrador.

Al terminar éste su relación, paseó el general una triste mirada por los rostros de los que le rodeaban, y entonces pudieron observar todos en el del ilustre caudillo, dos gruesos lagrimones que, surcando sus mejillas iban á perderse entre los blancos pelos de su espeso bigote.

Al poco rato se presentó en el palacio del Gobernador general, la comisión de la Unión general de fabricantes de tabacos, presidida por don Manuel Valle, y de la cual formaba parte don J. Aguirre, director del periódico *El Tabaco*.

La comisión pidió á la primera autoridad de la isla el desestanco del tabaco, y como el general contestara que le era imposible acceder á tal pretensión, por la imposibilidad en que se hallaba el Gobierno de substituir en el presupuesto de la Nación el ingreso de los *noventa millones* de pesetas que aquel representaba, Aguirre le interrumpió diciendo:

—Pues eso quiere decir, mi general, que España tendrá que optar entre perder la isla de Cuba ó renunciar á los *noventa millones* de pesetas.

Como herido por un pinchazo, levantóse de su asiento el general Martínez Campos, y con ademán y acento indefinibles, exclamó:

—Ni yo le conozco á usted, ni sé por qué ha venido aquí, ni estoy dispuesto á tolerar insolencias... ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

A seguida dirigiéndose á don Manuel Valle, cuyo espíritu estaba conturbado ante la escena que había presenciado, le dijo con entereza y en tono enérgico:

—Es usted no sólo presidente de la Diputación provincial de la

Habana, si que también coronel de voluntarios, y á pesar de esto, está usted siendo el juguete de los enemigos de la patria. ¡Hora es ya de que cese usted de prohiar estas cosas!

La entereza del Gobernador general de la isla produjo muy favorable impresión en el ánimo de los que presenciaron la escena, porque precisamente energía y entereza era lo que hacía falta en aquellos momentos.

* * *

El general Martínez Campos desembarcó en el puerto de la Habana el día 26 de Abril, á las diez y media horas de la noche, siendo recibido por todas las autoridades, elemento oficial y una inmensa muchedumbre, con gran entusiasmo y entre vítores y aclamaciones.

Las calles y balcones estaban profusamente iluminados, y lucían vistosas colgaduras y banderas.

El general manifestó que, aun cuando la estación de las lluvias podía retrasar la campaña, se prometía y esperaba una pronta represión del movimiento separatista.

Cuando al día siguiente el general segundo cabo y gobernador de la Habana, señor Arderius, le hizo la presentación oficial de las tropas,



GENERAL ARDERIUS

dijo, entre otras cosas, el general en jefe y capitán general de Cuba:

—«Recuerdo, señores, á propósito de este acto, que el inolvidable batallón de San Quintín ganó en la anterior guerra dos corbatas de San Fernando, y su jefe la cruz laureada, una de ellas en una magnífica retirada, y la otra, en una heroica defensa de una posición, en la cual quedó casi sin cartuchos y sin víveres.

»Yo no desconozco que esta guerra exige al ejército grandes sacrificios, pero por eso el mérito es mayor.

»Tengo plena confianza en este valiente ejército y en los voluntarios, á cuyo patriotismo se debe que aquél pueda destinarse todo á combatir la insurrección, mientras ellos guardan las ciudades y guarnecen las poblaciones, y hasta si es preciso salen también á pelear en la manigua, como ocurrió en la guerra pasada y ha empezado á suceder en ésta.

»Tengo advertido á las columnas guarden la mayor disciplina, y no toleraré la más leve falta contra los heridos, prisioneros y mujeres.

»Quiero que la guerra se haga como se debe hacer; sin causar la menor molestia al ciudadano pacífico.

»La guerra ha de ser, por nuestra parte, humana.

»Yo deploro, señores, esta campaña tan inconsolable, tan vituperable siempre, y, aún más, en los precisos momentos en que la Madre Patria acaba de conceder un régimen á Cuba, que la coloca en ventajosa situación con respecto á las demás provincias españolas.

»La rebelión será dominada, y ¡desgraciada la isla de Cuba si así no fuese!

—¡Desdichado porvenir el de ese departamento Oriental, donde hoy existe la guerra!.. Basta fijarse, señores, en que allí los blancos están gobernados por los negros, y esto es bastante para formarse una idea de lo que sucedería si por desgracia llegase á triunfar un día, y hablo en hipótesis, la insurrección, y Cuba llegase á ser independiente.»